

adivinaba instintivamente, sin verlo, que en aquellos momentos una poderosa masa de agua iba á barrer la atmósfera, y acaso á barrer también á todos nosotros.

Y no bien acababa, comenzaba de nuevo : con las mismas caídas hacia adelante y los mismos saltos y el mismo espantoso ruido de tambores.

Después de cada uno de estos choques se escuchaba el ruido del agua que caía por todas partes, mil objetos que se hacían pedazos, muchos cajones que rodaban en la oscuridad, todo lo cual prolongaban el terror producido por el estrépito primero.

Y los gavieros, y mi pobre Ives, ¿qué hacían entretanto allá arriba? Los mástiles, las vergas, apenas podían distinguirse. De vez en cuando se veía, en el agua, destacarse sus siluetas cuando se podía mirar sobreponiéndose al dolor que causaba el granizo y el hielo; veíaseles entonces en forma de cruces grandes, *de dos pisos*, como las cruces rusas, agitándose en la sombra con movimientos torpes y locos ademanes.

— Hágales usted bajar ya, me dijo el comandante, que prefería el peligro de no terminar del todo la maniobra, al temor de perder más hombres.

Con verdadera alegría di inmediatamente esta orden. Pero Ives, desde lo alto, me respondió, ayudado de su silbato, que la faena estaba casi concluída. Sólo faltaba *la liga del puente*, que se había quebrado y había de ser reemplazada por un *cabo* cualquiera, y que en seguida bajarían todos.

Poco después, cuando todos estuvieron abajo, respiré mejor. No más hombres en el aire, no más faenas arriba; todo quedaba reducido á esperar. ¡Oh! Me pareció entonces que casi hacía buen tiempo. ¡Tanto pesaban en mi alma aquellas inquietudes!

XXVIII

Las doce de la noche. — El fin del cuarto. — La hora de procurarse un abrigo.

Abajo, en la batería cerrada, reinaba también la tormenta con sus interioridades de miseria y con sus desconcladoras realidades. De un extremo á otro veíase una especie de corredor largo y sombrío, medio alumbrado por linternas que oscilaban violentamente. Las piezas de artillería

gruesa, apoyadas en sus enormes cureñas, manteníanse difícilmente sujetas por grandes cadenas de hierro. Todo se movía en aquel sitio. Semejaba aquel movimiento al que se diera á varios objetos en un gigantesco cedazo que alguien agitase constantemente, sin cesar, con furia ciega; todo crujía allí; todo tenía estremecimientos como de ser viviente que sufre, oprimido, extenuado, próximo á romperse y morir.

La lluvia de fuera, que intentaba penetrar, filtrábase por todas partes, formando siniestros surtidores.

Sentíase uno levantado con tal rapidez, que se doblaban las piernas, y luego los objetos se hundían, las cosas se sumergían bajo los pies, y bajaba uno con todo aquello, irguiéndose, á pesar suyo, para oponer una resistencia instintiva.

Sonaban ruidos agudos, falsos, singulares, que partían de todos lados; todo aquel armazón en forma de pájaro que se llamaba *La Medea*, se deshacía poco á poco, gimiendo con el terrible esfuerzo. Y fuera, detrás de aquellas débiles murallas de madera, siempre el mismo ruido sordo, siempre la misma voz espantosa.

Esto no obstante, todo estaba bien: la larga batería se hallaba intacta. Véasela siempre, de uno á otro extremo, ya inclinada toda y medio

caída, ya irguiéndose en sacudida brusca; el corredor parecía más extenso aún en aquella oscuridad donde las linternas se perdían, pareciendo transformarse y medrar, en medio de aquel ruido atronador, como el cuadro fingido en una horrible pesadilla.

En el techo, extremadamente bajo, había pendientes interminables filas de sacos de lona, todos hinchados por un contenido tosco, y que tenían cierto parecido con inmensas telas de araña. Cada uno de esos sacos oscuros contenía un ser humano; eran hamacas de los marinos.

Acá y acullá veíase colgar un brazo ó una pierna desnuda. Unos dormían bien, aniquilados por la fatiga; otros se agitaban y decían palabras ininteligibles soñando. Y todas estas hamacas se balanceaban en perpetuo movimiento, y á veces chocaban violentamente unas con otras, causando heridas dolorosas en las cabezas de los marineros.

En el pavimento, debajo de aquellos infelices que dormían, había un lago de agua negruzca que corría á derecha y á izquierda, arrastrando en su corriente, vestidos, pedazos de pan ó de galleta, toda clase de objetos y deyecciones inmundas. De vez en cuando aparecían hombres

macilentos, destrozados y medio desnudos, tiritando, con su camisa empapada de agua pegada el cuerpo, que erraban entre esas filas de hamacas oscuras buscando su pobre cama colgante, el único sitio un poco caliente y medio seco donde podían hallar algo parecido al reposo. Andaban vacilando, agarrándose para no caer y chocando con la cabeza en los que dormían: en casos tales cada cual cuida de sí mismo y no piensa en los otros. Sus pies resbalaban entre el agua y las inmundicias; importaba muy poco la falta de limpieza.

Una atmósfera pesada é irrespirable llenaba aquella batería; toda aquella suciedad que rodaba por el suelo, causaba la misma impresión que habría causado un establo de animales enfermos; aspirábase ese hedor acre, peculiar á los fondos de los buques en los días tempestuosos del mar.

Á las doce de la noche bajó Ives á la batería con los demás gavieros de babor; habían estado de servicio todo su *cuarto* y una hora más de suplemento; necesaria para terminar la faena.

Habían pasado, por consiguiente, cinco horas en aquel trabajo rudísimo, balanceándose en el vacío, aventados por el soplo furioso de la tormenta, completamente mojados por aquella llu-

via cortante que les quemaba el rostro. Al penetrar allí, en aquel sitio cerrado y que olía á muerto, hicieron un gesto de disgusto.

— ¡Juraría, exclamaba Ives en tono despreciativo, que estos *Parisienses* (1) nos han traído una epidemia!

Ellos no estaban enfermos; ellos eran verdaderos marineros; aún tenían el pecho dilatado por aquel viento de la gavia, y la fatiga sana que acababan de sobrellevar iba á darles un buen sueño.

Cuando, después de mil dificultades y mil tropezos, llegaron cerca de sus hamacas, se desnudaron, colgaron sus gorras, colgaron también sus cuchillos de cadena de cuero, colgaron sus vestidos empapados de agua, lo colgaron todo, y ellos mismos se colgaron también; ya completamente desnudos enjugaron el agua que aún corría por sus endurecidos pechos.

Hechos estos preparativos, se encaramaron con ligereza de acróbatas á sus estrechas hamacas, y allí se extendieron como en el más mullido lecho.

Arriba, por encima de ellos, después de cada

(1) *Parisiense* es una injuria que emplean los marineros. Viene á significar algo así como mal marino; poco vigoroso, enfermo, débil.
(N. del A.)

sacudida violenta, se oía como el ruido de una catarata; eran grandes masas de agua que barrían el puente; pero la tela de sus hamacas adquirió, á pesar de todo, el mismo balanceo de las otras, oscilando alrededor de las argollas de hierro, y los marineros, en medio de aquel espantoso ruido, se durmieron profundamente.

Muy pronto las mujeres birmanas vinieron á bailar alrededor de la hamaca de Ives. En medio de una nube de incienso que el sueño hacía más tenebrosa, llegaban unas en pos de otras, con su sonrisa muerta y sus extrañas vestiduras de seda, cubiertas de piedras resplandecientes.

Movían dulce y suavemente sus caderas al son del pandero, con las manos extendidas siempre y los dedos separados como los fantasmas.

El pandero no era otra cosa que la tempestad que seguía azotando los costados del buque.

XXIX

También yo, á las doce, cuando terminó mi cuarto y después de ver que bajaba Ives, entré en mi cámara y procuré descansar. En definitiva, á uno y otro nos importaba muy poco la suerte del buque; nosotros habíamos prestado ya nuestra

vigilia y nuestro trabajo. Podíamos, por consiguiente, acostarnos con ese descanso y esa indiferencia con que se mira todo en el mar cuando las horas de servicio concluyen.

En mi cámara, que estaba sobre el puente, no faltaba aire, muy al contrario. Por los cristales rotos entraban todas las ráfagas de viento y toda la lluvia; las cortinillas, retorciéndose en espirales, se elevaban al techo, produciendo ruido de alas.

Como Ives, colgué mis vestidos mojados; por mi pecho corría también el agua.

No se estaba muy cómodamente en mi petate; me dormí, sin embargo, muy pronto, porque la fatiga me había quebrantado. Movidó, sacudido, á punto de invertir mi posición á fuerza de bruscos sacudimientos, sentíame yo ir de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, y mi cabeza chocaba contra los maderos, produciéndome agudos dolores.

Yo tenía conciencia de todo esto en mi sueño; pero dormía... dormía, y soñaba con Ives.

El haber creído que lo veía caer durante el día, habíame dejado en el ánimo una especie de inquietud y como una noción vaga de haber pasado muy próximo algo de siniestro.

Soñé que me hallaba acostado en una hamaca,

como en los primeros años de mi carrera. La hamaca de Ives estaba cerca de la mía. Éramos sacudidos violentamente por la tormenta, cuando la hamaca de Ives se desprendió. Debajo de nosotros había un abismo negro, que debían de ser las profundidades del mar; allí iba á caer Ives. Entonces procuraba yo sostenerle con mis manos; pero, como sucede en los sueños, mis manos se negaban á obedecerme, no tenían fuerza. Quise rodearle con mis brazos, cruzar las manos delante de su pecho, recordando que su madre me lo había confiado; pero comprendí con angustia que no podía conseguirlo, que se me escapaba, que caía en aquel abismo negro que alborotaba debajo de nosotros. Y lo que me producía mayor espanto era que Ives no despertaba, que estaba frío, con una frialdad que me invadía á mí también y llegaba hasta la medula de los huesos; hasta la lona de su hamaca parecía rígida como la envoltura de una momia.

Sentía yo en mi cerebro verdaderas sacudidas, dolor real, y mezclaba esta realidad con lo fantástico del sueño, como suele suceder en los estados de grandes fatigas, y entonces aquella siniestra visión tomaba mayor intensidad y más vida.

Después dejé de tener conciencia de todo; has-

ta del ruido y del movimiento: entonces fué cuando comencé á descansar.

Cuando desperté era ya de día. La alborada era de ese color amarillento que caracteriza la salida del sol en los días de tormenta. Oíase el mismo ruido de los días anteriores.

Ives acababa de abrir la puerta de mi camarote y estaba mirándome. Permanecía detenido á la entrada, sosteniéndose con una mano y oscilando hacia atrás ó hacia adelante, según las necesidades del momento para conservar el equilibrio. Había vuelto á ponerse su pobre traje, todo mojado, y estaba cubierto de sal del mar, que había dejado en su barba y en sus cabellos una especie de polvo blanquizo.

Sonreía Ives tranquila y dulcemente.

— Tenía muchas ganas de ver á usted, dijo; he soñado con usted esta noche. Todo el rato que he estado viendo aquellas mujeres de Birmania, con sus uñas de oro... ¿sabe usted? Aquellas mujeres rodeaban á usted haciendo mil gestos, y yo no lograba echarlas. Después quisieron comérsele á usted. Afortunadamente sonó el silbato y desperté: estaba sudando á mares del susto que me había hecho pasar aquel sueño.

— Pues te juro que yo también celebro verte, amigo Ives; porque también yo he soñado con-

tigo; y mucho... ¿Hace hoy tan mal tiempo como ayer?

— Puede ser que sea algo más llevadero. Además, ya es de día. Mientras que hay luz ¿sabe usted? siempre es mucho mejor para trabajar en la arboladura. Pero cuando todo está oscuro como la boca del infierno, vamos, como estaba la noche pasada, ¡el diablo que lo aguante!

Ives recorrió con mirada satisfecha mi cámara, dispuesta por él mismo en previsión de furiosas tempestades. Nada se había movido de su sitio, gracias á su acierto. En el suelo había un lago de agua salada, en el cual flotaban multitud de cosas; pero los objetos que yo tenía en estima continuaban colgados ó fijos, como los muebles, con clavos y escarpías de hierro. Todo estaba cuidadosamente sujeto por medio de cuerdas bien embreadas. Había allí armas, bronce desnudos y vestidos. Máscaras japonesas con cabelleras humanas nos miraban á través de los hilos embreados; recordaban algo la misma sonrisa helada, la misma inclinación de ojos de las bailarinas birmanas de uñas de oro, que habían querido comerme en el sueño de Ives.

El sonido del clarín, animado y alegre, de la *llamada del lavado* me sacó del ensimismamiento en que me hallaba.

Lavar el puente cuando las olas corren por encima, parece una operación insensata, ó inútil cuando menos, á la gente de tierra. Nosotros nada encontramos en esto de extraordinario: este lavado se verifica diariamente, suceda lo que suceda. Es una de las operaciones primordiales de la vida del mar. Ives, pues, se separó de mí, diciendo como la cosa más natural:

— ¡Ah! Voy á mi puesto de limpieza.

El clarín, sin embargo, había pecado por exceso de celo; había tocado, sin orden expresa, á su hora habitual. Aquel día no se lavó el puente.

Conocíase ya que el tiempo, como Ives había dicho, era más llevadero; los movimientos eran más prolongados, más regulares, más parecidos al balanceo de las gavias.

El mar era menos duro, y ya no se escuchaban tan frecuentemente esos choques y esos ruidos espantosos y profundos.

Además, llegaba el día, un día muy feo, á decir verdad, con una luz amarillenta, lívida; pero al cabo era día, menos horrible siempre que la noche.

No había llegado nuestra hora, por lo visto, porque al día siguiente hallamos la calma en un puerto de China, en Hong-Kong.

XXX

Septiembre, 1877.

La Medea ha retrocedido hace mucho tiempo.

Todos los vientos, todas las corrientes le han favorecido. Ha navegado, ha navegado tan de prisa, que hemos perdido casi la noción de los sitios y de las distancias. Habíamos visto vagamente el Estrecho de Malacca, pasado á la carrera; el mar Rojo, remontado á vapor; el Cabo de Sicilia, por último, el Estrecho de Gibraltar; la primera tierra que debía aparecer á nuestra vista era tierra bretona.

Yo me había embarcado en *La Medea* para concluir mi campaña, y en esta ocasión mi paseo con Ives no habría durado cinco meses.

En medio de aquella vasta extensión oscura veíamos algunos rastros blancos; después una torre y varias islitas diseminadas; todo esto muy lejano aún, perceptible apenas, en razón á la escasa luz que nos rodeaba.

Parecíanos estar todavía allá abajo, en los límites de Asia, que habíamos dejado el día ante-

rior; los objetos de á bordo no habían cambiado de sitio; las fisonomías tampoco.

Estábamos rodeados, como antes, de objetos chinoscos; continuábamos comiendo frutos recogidos allá, y verdes todavía; hasta olores y aromas de China llevábamos.

Pero era ilusión, por fortuna; nuestra casa flotante había cambiado rápidamente de emplazamiento; aquella torre y aquellas islitas eran las *Piedras Negras*; Brest se hallaba allí, muy cerca; antes de llegar la noche habríamos entrado en su puerto.

Siempre la emoción de los recuerdos cuando reaparece aquella inmensa rada de Brest, imponente y severa, con aquellos gigantescos buques de vela que hemos perdido la costumbre de ver en otros países. Todas mis primeras impresiones de marino, todas mis antiguas memorias de Bretaña, y después... después aquello es Francia, aquello es la patria.

El *Borda* parece allá, á lo lejos; le miro y surge en mi memoria la mesa en que tantas veces he apoyado mis codos, dedicando al estudio largas horas de laboriosa vigilia; veo la negra pizarra en la que trazaba yo, agitado y nervioso, antes del examen, las fórmulas complicadas de Mecánica y de Astronomía.

Ives era, por aquel entonces, un muchacho formalito y bueno, un novato bretón, de fisonomía dulce, que habitaba el buque inmediato, *La Breña*, vecino y compañero del *Borda*. Ambos éramos niños entonces... hoy somos hombres... mañana la vejez... al otro día la muerte.

XXXI

Domingo, día de gran jolgorio en Brest.

Las diez de la noche. — Noche serena. La luna refleja su prestada luz sobre el mar tranquilo; á bordo de *La Medea*, los marineros han concluido de entonar sus interminables canciones y reina profundo silencio.

Desde la caída de la tarde mis ojos miran con inquietud hacia las luces de la ciudad. Espero el bote que manda Ives: ha ido á tierra y no vuelve.

Por fin veo su roja luz, que adelanta hacia el buque: ¡se ha retrasado dos horas!

El mar es sonoro de noche; ya se oyen gritos mezclados con el ruido de los remos; algo extraordinario debe de ocurrir en el bote.

Apenas nos aborda, tres contra maestres, completamente borrachos y furiosos, se precipitan pidiéndome la cabeza de Ives.

— Que se le encadene para principiar, y que después sea juzgado y fusilado, porque ha levantado la mano á sus superiores en actos del servicio.

Allí está Ives, de pie, agitado y nervioso todavía por la lucha que ha sostenido. Los contra maestres le han golpeado; por lo menos han pretendido golpearle.

— Creían hacerme daño, dice con desprecio, y jura que no ha devuelto los golpes de aquellos tres viejos; en realidad, él habría vuelto del revés á los tres juntos de un solo manotón. No: Ives les ha dejado agarrarse á él y destrozarle; los tres le han arañado el rostro y despedazado el vestido porque no les ha permitido guiar el bote, á causa de que estaban borrachos.

Todos los tripulantes del bote están ebrios también por culpa de Ives, que les ha dejado beber. Los tres contra maestres perseveran en gritar, en vomitar injurias, en amenazar á Ives. Son tres vejetes, borrachos, grotescos en sus extremos de furor y que parecerían completamente ridículos si la disciplina, implacable, no estuviese detrás de ellos para dar á esta escena un carácter demasiado serio y horriblemente grave.

Ives, de pie, con los puños apretados, el ca-

bello sobre la frente, destrozada la camisa, desnudo el pecho y no pudiendo sufrir las injurias, estaba muy próximo á perder la paciencia y á golpear, cuando apeló á mí con sus miradas.

¡ Oh! La disciplina es muy pesada en estas ocasiones. Yo soy el oficial de *cuarto* y sólo puedo intervenir en aquella cuestión con palabras tranquilas para ponerles á todos á disposición del capitán de armas.

Contra todas las reglas, faltando á la Ordenanza, me arrojé de un salto sobre Ives. ¡ Ya era tiempo! Sujeté con los míos su brazo en el terrible momento en que se disponía á pegar.

Miré á los otros, que entonces, en vista de mi actitud, comenzaron á batirse en retirada, como los perros ante la mirada del amo.

Por fortuna era de noche; el hecho no tuvo testigos. Solamente lo presenciaron los tripulantes del bote, y todos estaban ebrios. Además tenía yo en ellos completa confianza; eran buenos muchachos todos, marinos valientes y leales, y si era necesario presentarse ante el Consejo de guerra, no me denunciarían.

Entonces cogí á Ives por un brazo, y pasando por delante de sus tres adversarios, que ya se habían alineado para dejarme sitio, le conduje á mi cámara, y allí le encerré bajo llave, á la que

dí dos vueltas. Por el pronto, allí estaba seguro.

El comandante, á quien aquel ruido había despertado, me hizo acudir á su cámara. Era necesario, por desgracia, explicarle lo sucedido.

Se lo expliqué, bien que atenuando cuanto me fué dable, la falta del pobre Ives. Después, durante algunos minutos que me parecieron eternos, supliqué. Creo que no había suplicado en mi vida; parecíame que no era yo mismo el que hablaba. Y todo lo que yo podía decir ó hacer venía á estrellarse contra el razonamiento glacial de aquel hombre que tenía entonces en sus manos la existencia de Ives, que me había sido confiada.

Había yo conseguido evitar lo más grave, la cuestión de agresión á los superiores; pero de todas maneras existían los ultrajes y la negativa á obedecerlos. Ives había cometido esos delitos: en el fondo esto era inicuo; pero en la forma era exacto.

El comandante dió orden de que fuese encadenado inmediatamente, y conducido por la guardia como promovedor del escándalo.

¡ Pobre Ives! La fatalidad se encarnizaba en contra suya, porque en esta ocasión no había cometido realmente grave falta. Y esto sucedía cuando él procuraba ser prudente; cuando rea-

lizaba grandes esfuerzos para no beber y conducirse con cordura.

XXXII

Cuando torné á mi cámara para decirle que se le iba á encadenar, encontré á Ives sentado en mi cama, cerrados los puños y apretados los dientes de rabia. Su mala cabeza de bretón se sobreponía á todo.

Dió una patada en el suelo, y declaró terminantemente que no se dejaba conducir. Era demasiado injusto aquello. Sería necesario que lo llevasen por fuerza, y aun así prometía moler á golpes á los primeros que se acercaran á cogerle.

Entonces le consideré perdido, y la angustia atormentaba mi corazón. Yo no sabía qué partido tomar. Los hombres de guardia estaban allí, detrás de la puerta de mi cámara, para conducirlo á la prisión, y yo no me atrevía á franquearles la entrada. El tiempo volaba, y lo que estaba yo haciendo no tenía nombre.

Me ocurrió de pronto una idea: le supliqué con dulzura; le hablé en nombre de su madre,

recordándole mi juramento, y por segunda vez en mi vida le llamé *hermano mío*.

Ives comenzó á llorar; todo había concluido; ya estaba vencido y dócil.

Rocié su frente con agua; arreglé un poco su camisa, y abrí la puerta de la cámara.

Los hombres de guardia se presentaron. Ives se levantó, y los siguió, obediente como un niño. Volvió á mirarme sonriendo, fué á responder tranquilamente al interrogatorio del comandante, y después se dejó encadenar en la cala.

Hacia la media noche, cuando terminó aquel penoso cuarto, me acosté; antes hice que llevara á Ives mi cobertor y mi capa. En aquella noche hacía ya demasiado frío. Aquello era todo lo que yo podía hacer en obsequio suyo.

XXXIII

Al día siguiente, lunes, el comandante me llamó muy temprano. Entré en su cámara, lo confieso, con pensamientos rencorosos en el corazón, con palabras duras en los labios, que hubiera yo arrojado desde luego, para desquitarme de los ruegos inútiles de la noche ante-

rior, si no me hubiese contenido el peligro de agravar la situación de Ives.

Comprendí, no obstante, que me había equivocado; el comandante había atendido y comprendido mis ruegos de la víspera.

— Vaya usted, me dijo, á ver á su protegido. Regáñele usted un poco; pero dígame que le perdono. El asunto no saldrá de aquí, y quedará reducido á una pena disciplinaria. Ocho días de cadena, y todo ha terminado. Impongo á los otros tres, por indicación de usted, un castigo equivalente: ocho días de trabajos forzados. Hago esto por usted, que trata á Ives como á hermano, y también por él, que al fin y al cabo, y á pesar de sus defectos, es el mejor marinero que tenemos á bordo.

Salí de la cámara en disposición de ánimo muy distinta de la que llevaba al entrar. Sentía hacia el comandante afecto y reconocimiento.

XXXIV

Un farol ilumina el rincón de *La Medea*, prestando contornos caprichosos á mil objetos heterogéneos, más ó menos roídos por las ratas.

Como una docena de marineros, Barrada,

Guiaberg, Barazère, La Hello, todo el grupo de los amigos, rodean á un hombre tendido en tierra. Es Ives, que sigue encadenado, recostado sobre las húmedas planchas, con la cabeza apoyada sobre el codo, y el pie amarrado al férreo eslabón de la *barra de la justicia*.

El más encarnizado de sus tres enemigos, el contramaestre Lagatut, le amenaza con su voz cascada de viejo borracho. Le amenaza con un desquite de este asunto del bote, en el cual he intervenido yo mucho á favor de Ives.

Lagatut ha dejado su trabajo para injuriar á Ives. Yo, que estoy de servicio y terminando una ronda, llego por detrás y le encuentro en su tarea. Como Lagatut es buena presa, los marineros que me han visto llegar sonríen silenciosamente en sus barbas, esperando lo que va á suceder; Ives no contesta palabra, se limita á echarse del otro lado, volviendo insolentemente la espalda á su interlocutor: también él me ha visto llegar.

— Hemos comenzado una partida de *ecarté*, dice Lagatut, tú, Ives, y yo, jefe tuyo, condecorado con la Legión de honor. Gracias á oficiales que te protegen, has ganado la dos primeras bazas; veremos quién se lleva las tres restantes.

— Señor Lagatut, dije al llegar, jugaremos

la partida los tres, si á usted le parece; esto será más divertido. Y tú, Ives, toma otra baza por el pronto.

Una gallina que tropieza con un cuchillo; un ladrón atrapado por agente de policía; un ratón que, por descuido, pone sus patas sobre un gato, no presentan aspecto más triste que el ofrecido por el bueno de Lagatut al oír mis palabras.

Acaso no era muy correcto lo que yo acababa de hacer; pero los espectadores, que nos eran favorables, gozaron mucho con aquel triunfo de Ives.

XXXV

Ocho días después, nuestra fragata había terminado su carrera; desarmada en el fondo del arsenal, dispersa su tripulación: tanto vale decir, buque muerto.

Yo partía, y el buen Ives me acompañaba hasta el ferrocarril. La estación estaba llena de marineros: todos los de *La Medea*, que partían al mismo tiempo que yo.

Había allí muchos antiguos camaradas nuestros, protegidos y amigos de Ives. Todos ellos

algo ebrios, se quitaban las gorras y nos saludaban con efusión. Son estas escenas usuales en casos análogos; un buque que termina es una cosa aparte, es la explosión de todos los agradecimientos y de todos los rencores, de todos los odios y de todas las simpatías.

Al penetrar en la sala de espera, estrechando las manos de Ives, le dije:

— ¿Me escribirás, verdad?

Á lo cual respondió sonriendo dulcemente y con cierta vacilación, que parecía timidez:

— Quiero explicar á usted... quiero... vamos, que yo no sé cómo debo empezar las cartas.

Efectivamente, las denominaciones de *capitán*, *querido capitán*, y otras parecidas, no parecían adecuadas á nuestras relaciones.

— Pues bien, le respondí, es muy sencillo... (y procuré hallar esa cosa tan sencilla sin dar con ella en mucho tiempo.) Es muy sencillo... escribes... *hermano mío*: esto desde luego es verdad, y en estilo de cartas es lo más conveniente.